

Y cuando llora un Bebé

He visto llorar. Yo también he llorado y en algunos casos me he bañado en lágrimas. Sé interpretar el lenguaje de las lágrimas: Conozco sus códigos e interpretación, leo sus signos, me apropio su mensaje. “¿Y qué son las lágrimas? Se pregunta conmovido un autor. A través de mis lágrimas, yo cuento una historia”. En muchos casos el tamaño del corazón es igual al espesor de sus lágrimas.

He experimentado el dolor en carne propia y en las cruces de mis cohermanos. He sufrido la indiferencia, el rechazo, la calumnia. Y sé que el dolor es una catarsis poderosa que purifica, eleva, fortalece la vida. Si no sabes del dolor, no sabes nada. Y nada es nada. Es el dolor quien temple tu vida, te da las lecciones de la fortaleza, te lleva al abismo de tu debilidad y desde ahí, en tu dolor diseminada, surge la estatura de tu alma.

No hay crueldad igual al llanto de un niño. Dios dejó en nuestras manos la capacidad de recoger esas lágrimas. Y Él, el Niño del Pesebre, vierte como torrentes sus lágrimas haciendo que cada una aglutine todo el dolor de humanidad, asumiéndolo, elevándolo, transformándolo. Ya un teólogo nos lo había dicho: “Sólo un Dios así, sufriente con nosotros, puede salvarnos”. Sólo un Dios que desgrana lágrimas sabe de nuestra andadura.

Belén y Calvario se unen en el concierto armonioso de nuestro dolor crucificado para darle sentido a nuestra existencia. En Belén también hay cantos, gozos, buenas noticias. “Les ha nacido un Niño”, dice el Ángel. “Es una gran noticia”, continúa. Y la noticia es un Niño envuelto en cultura, la de nuestra humanidad dolorida, sufriente. “Sólo el llanto más profundo conoce la alegría”. Esa es la Navidad: Nuestra propia realidad amasada en llanto y gozo.

Cochabamba 25.12.22

jesús e. osorno g. mxy

Jesus.osornog@gmail.com